

ellos pelearán con entusiasmo, sin temer á la muerte..... (Queda pensativo.)

## ESCENA VII.

PERDÍS Y RAMOS, QUE ENTRA APRESURADO.

RAMOS.—El vigía de la torre da aviso de que por el camino de Amayuca se aproxima una fuerza á esta población. (Vase.)

PERDÍS.—Pues esperemos con calma.

## ESCENA VIII.

PERDÍS, BASILIO SANJACO, CORONEL ESPAÑOL, Y UN AYUDANTE  
CÁSTULO BODIERIS.

CORONEL.—Dios guarde al señor Subdelegado.

PERDÍS.—A las órdenes de Ud., señor Coronel.

CORONEL.—Señor Subdelegado: Su Excelencia el Virrey (que Dios guarde) me ha dado orden expresa de que pase á este pueblo rebelde y diezme á sus habitantes por haber conspirado contra el gobierno de Su Majestad católica.

PERDÍS.—Señor Coronel: los vecinos de este pueblo son inocentes, sumisos y obedientes: acatan y respetan á su soberano; pues culpa de ellos no ha sido que su párroco el Sr. Matamoros, con dos vecinos y dos de su servidumbre se hayan lanzado á la revolución. (Aparte.) Mala bomba lo estelle.

CORONEL.—No obstante á lo que decís de la obediencia ciega y cariño que profesan vuestros habitantes á Su Majestad católica, es preciso hacer un ejemplar para escarmiento de esos malvados conspiradores.

PERDÍS.—No siendo culpables, no pueden recibir, no, un castigo que no merecen, pues se encuentran en el seno de sus familias, viviendo pacíficamente, ocupándose en sus quehaceres domésticos para adquirir la subsistencia.

CORONEL.—La ordende Su Excelencia está terminante y debo cumplirla al pie de la letra, y por lo mismo os prevengo, de orden de Su Majestad católica, que sin pérdida de momento reunáis á vuestro vecindario en la plaza de este pueblo, porque es muy justo que los habitantes de Jantetelco reciban el condigno castigo, siendo igualmente preciso que los infames conspiradores tengan una lección que no se les olvide nunca.

PERDÍS.—Pero, señor.....

CORONEL.—Sin pérdida de tiempo.

PERDÍS.—Voy á dar las órdenes para cumplir con la prevención que á nombre de Su Majestad me hacéis.

CORONEL.—Sin tardanza espero el cumplimiento de vuestro celo y actividad.

PERDÍS.—Hasta después. (Saludando vase y al dar el medio mutis dice aparte.) El Demonio cargue contigo y tu raza.

## ESCENA IX.

EL CORONEL Y EL AYUDANTE.

CORONEL.—Señor Ayudante, la hora ha sonado del castigo: no podéis imaginaros el regocijo que mi pecho siente en verter sangre de los criollos, pues deseo con vehemencia extinguir de un solo soplo á la raza azteca, porque de ellos sólo apetezco sus riquezas.

AYUDANTE.—Señor Coronel, mi anhelo es el mismo, y de esa manera cada español conquistará más gloria, ciñéndose el laurel de la victoria.

CORONEL.—No dudéis que la victoria está de nuestra parte, porque esos insurrectos no cuentan con los recursos necesarios, y además están desprovistos de armas y municiones, á pesar de que esos condenados arrojan las piedras en esas malditas hondas con una certeza que al ginete más valiente y gallardo que le toca un golpe de esos furiosos, lo hace vacilar por fuerza perdiendo los estribos.

AYUDANTE.—No obstante la muchedumbre de ellos, que es asombrosa, y la vergüenza que hemos sufrido á consecuencia de la derrota que tuvimos en el monte de «Las Cruces,» (y otras que no es del caso referir) donde ese sacerdote sacrilego, Miguel Hidalgo y Costilla, nos batió con heroico desnudo, tengo fe, por esa luz que nos alumbró y por el Dios de las batallas, que hemos de salir felizmente con nuestra empresa y que algún día llegaré á recibir por mis interesantes servicios las condecoraciones que merezco por haber luchado con valor contra esa canalla de Lucifer.

CORONEL.—Si no triunfamos, me quito el nombre de Basilio Sanjaco.

AYUDANTE.—Y yo dejaría de llamarme Cástulo Bodieris.

## ESCENA X.

DICHOS Y PERDÍS, QUE ENTRA VIOLENTAMENTE.

PERDÍS.—Los topiles que están á mis órdenes han salido en todas direcciones convocando al pueblo para que se reuna en junta.

## ESCENA XI.

DICHOS Y RAMOS.

RAMOS.—Señor Subdelegado, señor, señor: un correo que en este momen-

to acaba de llegar de la Hacienda de Santa Clara, viene casi sin aliento y auguro (como su merced dice) que trae malas noticias.

PERDÍS.—Que pase.

RAMOS.—(Á la puerta.) Adelante, amigo.

ESCENA XII.

DICHOS Y EL CORREO.

CORREO.—Este pliego cerrado explicará á su merced el motivo de mi venida y de la novedad que ocurre: sólo podré decir que he visto que ha llegado á la Hacienda de Santa Clara el Sr. Cura Morelos, con muchísima gente.

PERDÍS.—Trae acá el pliego.... (Lo recibe y lee con rapidez, pasándolo en seguida al Coronel; éste lo toma, después de leerlo con señales de inquietud, dice al Ayudante y sigue hablando en voz baja.)

CORONEL.—¡Caracoles! estos criollos malditos creo que se levantan de sus tumbas para ser nuestra pesadilla, ¡cinco mil! ¡cinco mil! ¡cinco mil hombres! es un número considerable, y habérselas con esta turba de demonios!..... ¡Cáspita! el caso es arduo: esto pasa de castaño oscuro.

PERDÍS.—(Aparte al correo.) ¿Qué dicen nuestros amigos? ¿vienen bien equipados?

CORREO.—Señor, están como Dios los haprovisto; pero á falta de armas, tienen nuestros generosos amigos un valor inaudito, como que pelean por la justa causa y la fortuna los favorece proporcionándoles, y con bastante abundancia, las metralas que la misma naturaleza produce; además de esto, traen regulares lanzas, machetes, flechas y una que otra carabina.

PERDÍS.—Ese gachupín sanguinario que ves allí y que tiene cara de perro dogo, ya me acaba la paciencia, pero Dios es clemente y justo y espero de su bondad que nos protegerá.

CORREO.—(Aparte.) Ciertamente que se parece al Demonio.

ESCENA XIII.

PERDÍS.—(Interrumpiendo la plática del Coronel y del Ayudante.) En servicio de Su Majestad católica me retiro con vuestro permiso, con el objeto de poner la vigilancia y exploradores correspondientes, para que observen el movimiento del enemigo.

CORONEL.—Ya, y no tardéis. (Vase, acompañado del correo y de Ramos.)

ESCENA XIV.

EL CORONEL Y EL AYUDANTE.

CORONEL.—La crítica situación en que nos encontramos, es bastante se-

ria y debemos al momento evacuar esta plaza, porque es un número considerable el de los insurrectos, y por lo mismo os ordeno, señor Ayudante, que inmediatamente dispongáis la partida, aunque siento en el alma no poder cumplir con las órdenes de Su Excelencia.

AYUDANTE.—Al instante, con el permiso de Usía me retiro para disponer la marcha. (Medio mutis.)

CORONEL.—Dispensad: es preciso la precaución: lo determinaréis todo sin que se dé el toque de botasilla.

ESCENA XV.

EL CORONEL Y PERDÍS.

PERDÍS.—Toda clase de precaución he dispuesto.

CORONEL.—Todo lo que os comuniquen vuestros exploradores, me daréis aviso violento al pueblo de Tlayacac, donde pernoctaré, porque me retiro en este instante mismo y muy pronto regresaré á cumplir fielmente con las órdenes que se me han comunicado, porque es fuerza que se aplique el castigo á los culpables y la vindicta pública quede satisfecha, y por ahora, quedad con Dios.

PERDÍS.—Él os guíe.

ESCENA XVI.

PERDÍS SOLO, DESPUÉS DE UNA PEQUEÑA PAUSA SE PASEA Y DICE:

PERDÍS.—Qué hombre sin religión y sin conciencia, pero lo juro por Dios omnipotente, que antes de que efectúe su intento, le traspasaré sin clemencia los hígados de una estocada. (Se pasea.) Cree que el azteca es un hombre que carece de valor suficiente para sacudir el ominoso yugo, rompiendo para siempre esa gruesa cadena que tiene unidos á los dos mundos, América y Europa, y se ha equivocado, porque el pueblo es soberano y el árbol de la Libertad, plantado por el Sr. Cura Hidalgo, será regado con nuestra sangre, y el estandarte nacional tremolará en el antiguo alcázar de Moctezuma. (Se asoma á la ventana.)

Ya desfila ese malvado con esa canalla de sataná y Dios nos libre de ese sangriento monstruo.

ESCENA XVII.

PERDÍS Y RAMOS.

RAMOS.—Mi corazón de regocijo en mi pecho no cabe, pues que libres nos vemos de ese *oropeo*.

PERDÍS.—¡Animal! se dice: e-u-ro-peo, europeo.

RAMOS.—*Eropeo, olopeo*; así sí sale bien, por eso quiero á su merced, porque me da lecciones para enseñarme, y prometo á su merced que ya no se me olvida la lección. E-u-ro-peo, *oropeo, olopeo*.

PERDÍS.—Dale con la misma cosa: europeo, europeo.

RAMOS.—Dispense su merced, que muy pronto me sabré explicar, porque triunfando nuestro párroco el Sr. Matamoros, que Dios conserve y libre de mal, habrá escuelas para nosotros los criollos y procuraré adelantar.

PERDÍS.—La suerte nos favorece y alcanzaremos el sagrado fin que nos hemos propuesto: sabiendo conservar ileso este vasto Continente, por doquiera que volvamos la vista respiraremos el ambiente puro de la Libertad.

RAMOS.—¡Viva la Libertad! ¡Viva la Independencia! (Tirando el sombrero á lo alto repite tres veces la misma frase.)

PERDÍS.—Es necesario ser prudente, porque las paredes tienen oídos y las hierbas ojos, y así es preciso obrar con precaución, porque es fácil que nuestras buenas intenciones.....

RAMOS.—Punto en boca y paciencia.

PERDÍS.—Anda al momento, mi fiel amigo, á la Hacienda de Santa Clara, donde encontrarás al Sr. Cura Matamoros y le darás un atento recado, manifestándole lo que ha pasado y que deseo con ansia su arribo á esta población, que todo está dispuesto.

RAMOS.—Está muy bien. (Medio mutis.)

PERDÍS.—De paso dí á Vicente Sedeño que ensille los caballos y que tenga listas las armas: que saque las que tenemos ocultas, para distribuir las á los muchachos que nos han de acompañar.

RAMOS.—Al instante voy. (Vase.)

PERDÍS.—¡Jantetelquenses! mientras Perdís exista no sufriréis el diezmo, y morirá, os lo juro, por la patria y para daros libertad.

### ACTO TERCERO.

#### PERSONAJES.

MATAMOROS.	IGNACIO DÍAZ.
VICARIO ZAVALA.	MARIANA (su esposa).
PERDÍS.	CRISTÓBAL DÍAZ.
CAMACHO.	JOSÉ MARÍA DÍAZ.
CHAVARRÍA.	GREGORIA CORDERO (negra
NOGUERA.	esclava de Matamoros).

*La escena pasa en las casas curales de Janteteleo, en la noche del 16 de Diciembre de 1811.*

#### ESCENA I.

MATAMOROS, PERDÍS Y CHAVARRÍA Á LA DERECHA, Y CAMACHO Á LA IZQUIERDA.

MATAMOROS.—No pueden figurarse Uds. el regocijo que me causó al ver en el acta que me remitieron, la animación y entusiasmo con que han secundado mi proclama mis amados feligreses de este pueblo, pues han sabido recordar que son los descendientes del intrépido Cuauhtemotzin.

PERDÍS.—Yo no sé hablar para poder decir y explicar lo que pasa por mi corazón; pero las palabras de Ud. son la expresión de lo que pasa en mi pecho y en mi cerebro; ya sabe Ud. que he aceptado cuanto pudiera sobrevenirme; ya os puedo dar cuenta de mis trabajos.

He reclutado treinta voluntarios, nativos de este pueblo, y como quince de los pueblos circunvecinos; el Sr. Vicario Zavala creo que habrá hecho otro tanto en su vicaría, según quedamos en nuestra última entrevista; he fabricado mil cartuchos y estoy medianamente satisfecho; tengo unas treinta carabinas que he tratado de poner en el mejor estado que me ha sido posible; tengo quince lanzas con sus astas respectivas; algunas espadas y hondas para lo que se nos pueda ofrecer, de lo que podrá Ud. disponer á su satisfacción, empezando por mi vida.

MATAMOROS.—Quedo plenamente satisfecho, y este abrazo es la señal de mi sincero reconocimiento por su actividad y lealtad, y en premio de los interesantes servicios que ha prestado á la justa causa, desde este día queda Ud. condecorado con esta banda de Coronel. (Se la pone.)

PERDÍS.—Yo acepto el empleo que confía Ud. á mi persona; aunque no tengo los méritos suficientes para merecerlo, lo acepto en testimonio de la amistad que profeso á Ud. y como un recuerdo de que he recibido esta condecoración de la patria, de manos de una persona de mi mayor estimación y respeto: la acepto como lazo de unión entre nosotros, y en virtud de este mando con que me reviste Ud., designo, en nombre del pueblo que compone nuestra compañía, al alférez D. Joaquín Camacho para que empuñe el estandarte, símbolo de la nacionalidad mexicana, en la brigada del Sr. General Matamoros.

Capitán Chavarría, entregue Ud. á nuestro compañero Camacho la enseña venerada de nuestra sacrosanta Independencia.

CHAVARRÍA.—Compañero Camacho: esta bandera que entregó á Ud. en nombre de la Nación Mexicana, la clavaréis triunfante en los reducidos del poder tirano, y será como una herencia para los hijos de este pueblo histórico, que conservará como una tradición religiosa, la memoria de esta noche de esperanzas y recuerdos.

CAMACHO.—Yo recibo con gusto la enseña que nos servirá de guía en los combates, y me congratulo porque considero que por donde quiera que pasemos el suelo estará alfombrado de rosas y adornado con arcos triunfales: así lo merece la abnegación de nuestro General Matamoros.

MATAMOROS.—Coronel Perdís, puede usted pasar revista de toda la fuerza, armas y municiones con que se cuenta, para organizarnos á la posible brevedad.

PERDÍS.—Me retiro á dar cumplimiento con la orden.

ESCENA II.

DICHOS, MENOS PERDÍS.

MATAMOROS.—Yo no sé nada en materia de guerra, pero mi patria me manda sacrificarme por ella y cumpliré como mexicano.

ESCENA III.

DICHOS Y NOGUERA.

NOGUERA.—El Sr. Vicario D. Matías Zavala acaba de llegar en este momento, y con urgencia desea hablar con Ud.

MATAMOROS.—Dile que espero con ansia su llegada. (Vase Noguera).

ESCENA IV.

DICHOS Y EL VICARIO, MENOS NOGUERA.

VICARIO.—Señor compañero Matamoros, al saber la llegada de Ud., emprendí violentamente mi marcha para tener el honor de felicitarlo y para ponerme bajo sus órdenes, porque quiero ser algo que abarque todo su ejército: seré el Capellán de todos sus soldados.

MATAMOROS.—¿A qué engañarnos, señor Vicario? Hace tres años que estamos en perfecta armonía; he reconocido á Ud. desde los primeros días que me recibí de este Curato de Jantetelco: conozco su capacidad y alcanzo hasta dónde llega el claro talento que lo distingue.

VICARIO.—Mucho me favorece la opinión de Ud., Sr. Matamoros.

MATAMOROS.—Ud. no ha nacido para servir de Capellán de mi ejército, sino que su genio lo llama á una posición más elevada, cual es la representación de mi persona, en caso preciso.

VICARIO.—Señor Cura, yo quiero ser su soldado y seguir militando bajo su bandera; mi espíritu se agita inspirado por sus palabras: me comunica Ud. la fe de sus pensamientos y me lleva más adelante aún que mi misma imaginación.

MATAMOROS.—Vicario, Ud. no debe confundirse en el mar inquieto de ese ejército; eso sería obscurecerlo: seguiremos juntos en el camino que el genio abre delante de nuestro destino..... Sea Ud. soldado, pero soldado de la patria: combatiremos juntos y no nos separaremos sino hasta que esa mano invisible de la Fatalidad nos marque «el hasta aquí.»

VICARIO.—Sea de una vez, señor Cura: tengo positivos deseos de que me diga Ud. lo que lo impulsó tan repentinamente á empuñar las armas para tan delicada empresa; porque de lo que estamos hablando depende el porvenir de una nación entera.

MATAMOROS.—Dormía tranquilo en el silencio de mi Curato, en esa calma terrible que hace tres siglos pesa como la losa de la tumba sobre nuestra existencia, cuando me recordó la memoria el grito solemne dado en el puebló de Dolores, en la noche del día 15 de Septiembre de 1810, por el benemérito Cura D. Miguel Hidalgo y Costilla, y al punto creí sentir bajo mis pies moverse las cenizas de nuestros mayores como lavas de un volcán, cuya erupción comenzaba en aquellos momentos; creí ver alzarse los templos, subir las deidades á las aras de donde fueron arrancadas por las manos brutales de los conquistadores; me parecía que la hora de la venganza había sonado; que la vindicación de la raza azteca era señalada por el Destino, y que las cadenas que nos ataban con el mundo antiguo, crujían azotadas por el Océano y estaban prontas á romperse..... Que la América quemaba á su vez las naves como Hernán Cortés. Mi corazón se sintió conmovido en una palpitación de fiebre y entusiasmo, y entregado á la contemplación de mis pensamientos, delante de mi conciencia que se erige en tribunal implacable de mis acciones..... oí la voz de mi destino; sentí algo que me impulsaba desde lo más íntimo de mi alma: entonces abandoné aquellas vestiduras del culto cristiano, evoqué mis memorias juveniles, cuando en las expansiones de mis esperanzas me soñaba soldado guerrillero, porque yo he soñado en las horas ardientes de mi edad, cuando veía los hechos de nuestros primeros padres, esas tradiciones guerreras elevadas á la fábula y transmitidas á nosotros en los campos inmortales de la guerra, que mi pecho se ceñía una coraza; que mis sienes sostenían un casco y mi diestra el acero de los independientes, y oía el grito de los combatientes, el redoble de los tambores y el clamoreo de la victoria..... ¡todas aquellas ilusiones se apagaron en las sombras de la iglesia y desaparecieron ante lo místico de la tribuna religiosa, para reproducirse candentes en la hora de la revolución. Sí, aquí estoy: el hombre de la juventud renace: el vigor de mis años me devuelve el ardor de los primeros días: quiero pelear, combatir: llevar ejércitos al campo del honor y atravesar el suelo de América en la conquista de sus libertades, y morir como los héroes.

VICARIO.—Ud. ha despertado á una raza entregada al sueño de la esclavitud; en su persona se encuentra el genio de la idea; yo me siento satisfecho porque tenemos en nuestro estandarte el pensamiento de la Independencia.

MATAMOROS.—Pues bien, Sr. Zavala: supuesto que ya quedamos convenidos, puede Ud. disponer lo que crea conveniente, para que cuanto antes esté reunida su fuerza y sigamos el movimiento.

VICARIO.—Con el permiso de Ud., y ardiente de entusiasmo, me voy en este momento, y sólo aguardo sus órdenes para ponernos en marcha. (Vase.)

## ESCENA V.

MATAMOROS Y PERDÍS, QUE ENTRA AL SALIR EL VICARIO ZAVALA.

PERDÍS.—Mi general: tengo el honor de presentar á Ud. la lista de revista y el estado de armas y municiones con que cuenta nuestra fuerza.

MATAMOROS.—Principio quieren las cosas: son sumamente escasos los elementos con que contamos, pero contamos también con nuestra abnegación, y esto nos basta; Coronel, puede Ud. ordenar que en el acto se preparen para marchar.

## ESCENA VI.

MATAMOROS, NOGUERA, IGNACIO DÍAZ, SU ESPOSA MARIANA Y SUS DOS HIJOS, CRISTÓBAL Y JOSÉ MARÍA.

NOGUERA.—D. Ignacio Díaz y su esposa, suplican á Ud. se digne recibirlos.

MATAMOROS.—Diles que pasen.

NOGUERA.—(A la puerta.) Mi general concede permiso para que pasen adentro.

DÍAZ Y MARIANA.—¿Cómo está Ud., señor Cura? (Le besan la mano.)

MATAMOROS.—Hijos míos, tengo grande regocijo de veros en mi presencia: digan en qué puedo servirlos.

DÍAZ.—Señor Cura: ha sido grande el regocijo que me causa ver á Ud. empuñando la espada de la reparación; pero más grande sería todavía el que yo me encontrara con vigor para partir con Ud. los peligros que son consiguientes en la guerra; pero ya mis fuerzas no me lo permiten: estoy en el último período de mi vida; pero, en cambio, vengo á suplicarle se digne recibir en el número de sus soldados á estos dos hijos que el Supremo Hacedor del hombre me ha dado, los que ofrezco como un holocausto en las aras de la patria.

MARIANA.—Sí, señor Cura: mi esposo y yo hemos tenido un mismo pensamiento, teniendo cuidado de infundir á nuestros amados hijos

los sentimientos que nuestros primeros padres tuvieron al presentarse el invasor español; estos hijos son los únicos á quienes consagramos todo el cariño de padres..... pero hoy la madre patria nos reclama sus brazos y queremos cumplir con el sagrado deber de hijos de Jantetelco.

Ellos también al saber que Ud. se ha puesto á la cabeza del movimiento, nos han dicho llenos de entusiasmo: que supuesto que la patria es su segunda madre; quieren defenderla de sus tiranos, para que si sobreviven después de la lucha, sean libres é independientes.

MATAMOROS.—Impuesto de la presencia espontánea de Uds., mi corazón se desborda como una corriente para demostrarles que su verdadero amor á la patria me anima más y más para afrontar el peligro que nos presenta la situación. ¿Están Uds. conformes para seguirme y acompañarme y llevar á cabo el pensamiento de la Independencia?

CRISTÓBAL.—Sí, señor Cura: nuestros padres que están aquí presentes y que aunque somos los únicos que les podemos ministrar los auxilios necesarios para su subsistencia, se conforman con quedar solos y entregados á la voluntad del tiempo, confiados en que la Divina Providencia nunca desampara á sus hijos.

JOSÉ MARÍA.—Además de que deseamos servir á la sacrosanta causa, hemos creído hacer carrera: tenemos valor y deseamos distinguarnos, muriendo con honor, como buenos mexicanos.

CRISTÓBAL.—Sobre todo, queremos demostrar nuestra obediencia á nuestros muy amados padres y manifestarles el reconocimiento de los sacrificios que han hecho por nosotros en nuestra tierna edad.

MATAMOROS.—Muy bien, hijos míos: no se entristezcan Uds.: los nombro mis ayudantes: yo los cuidaré mucho y sacaré unos hombres de provecho; tengan Uds. este obsequio que disfrutarán en nombre de Mariano Matamoros, no creyéndose ofendidos por esto, pues estoy satisfecho de su grande patriotismo; pero también estoy convencido de la exigencia.

Vuelvan Uds. á su casa, que yo en estos momentos me marcho, y tan luego como se presente un conducto seguro, les remitiré la mitad del sueldo.

Den el abrazo de despedida á sus queridos padres.

CRISTÓBAL Y JOSÉ MARÍA.—(Abrazándolos.) Adios, queridos padres!...

DÍAZ.—¡Adios, mis queridos hijos! En estos momentos de suprema tribulación para mí, mi corazón se oprime dolorosamente ante nuestra separación, y en medio de mi dolor me queda el consuelo de que Uds. cumplirán con el deber de ser unos hombres que no empañarán la memoria de nuestros antepasados, manchándose con el crimen y el asesinato.....

MARIANA.—Si quieren que yo baje tranquila á la tumba, cumplan con